

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

1.ª ÉPOCA ■ Año 1886.

CONMEMORACIÓN DEL I CENTENARIO DE «ARCHIVO HISPALENSE»



SEVILLA, 1987

SERVICIO DE PUBLICACIONES
DE LA EXCMA. DIPUTACION PROVINCIAL

ARCHIVO HISPALENSE



Publicaciones de la
EXCMA. DIPUTACION PROVINCIAL DE SEVILLA
bajo la dirección de Antonia Heredia Herrera

EDICION FACSIMIL CONMEMORATIVA
DEL PRIMER CENTENARIO DE «ARCHIVO HISPALENSE»

Dep. Leg. SE - 735 - 1987

I.S.S.N. 0210 - 4067.

Gráficas del Sur. San Eloy, 51. Sevilla.

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA

HISTÓRICA, LITERARIA

Y ARTÍSTICA

TOMO II

AÑO



1886

SEVILLA

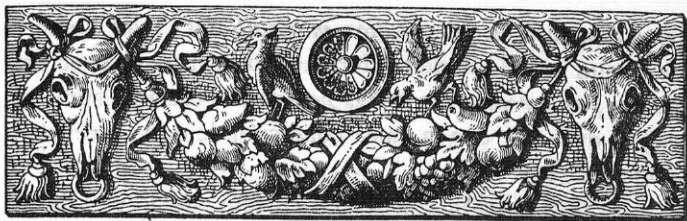
En la Oficina de EL ÓRDEN, Águilas 11.

ÍNDICE

	PÁGINAS.
Adiciones y correcciones de D. Justino Matute y Gaviria al tomo IX del Viaje de España por D. Antonio Pons, anotadas nuevamente por D. José Gestoso y Perez.	5
Continuación, con notas de D. Joaquín Hazañas	192
Continuación, que trata de la Biblioteca del Excmo. Cabildo Catedral y Colombina, con notas de D. José Vazquez y Ruiz.	201
Continuación.	225
Conclusión.	274
Documentos curiosos. Escrito de Gaspar Mexía al Ayuntamiento para que se imprimiera un libro que tenía escrito de las <i>Grandezas de Sevilla</i> .—Siglo XVI.	16
Solicitud de Jorge Díaz, maestro arcabucero y de Vicenta Rodríguez, para que se les pagaran seis arcabuces que tomó por orden del Cabildo el Jurado Rodrigo Juarez, 22 de Enero de 1588.	16
Noticias de espaderos antiguos sevillanos.	121
Diligencias que practicó el Colegio de Santa María de Jesús para que el Ayuntamiento de Sevilla le cediera la Cédula de los Reyes Católicos para establecer una Universidad.	249
Solemnidad con que se confirió el grado de Doctor al Cardenal de Solís, Arzobispo de Sevilla.	256

	PÁGINAS.
Carta de franqueza de dos alemanes impresores.—1491.	297
Otra de merced á Nicolás Caveró para que hiciera un mesón y alhóndiga donde se aposentaran los moros que viniesen á Sevilla.—15 de Marzo de 1491.	298
Carta declaratoria de los límites con que se había de guardar la merced concedida á Nicolás Caveró.—28 de Febrero de 1495.	303
Noticias de la calle Mesón del Moro, por D. F. C. de T.	306
Descripción de un antiguo sepulcro descubierto en Sevilla, cerca del río Guadalquivir, por D. Felipe U. del Castillo.	308 y 362
Carta de franqueza de los sacabuches del Rey.—22 de Junio de 1468.	351
Otra á favor de D. Fernando Pérez, cantor de la Capilla de la Reyna.—28 de Julio de 1479.	355
Carta de la ciudad de Ronda al Ayuntamiento de Sevilla, noticiando la muerte del V. P. Fr. Diego José de Cádiz	359
Noticias referentes al mismo asunto.	361
Historia y sucesión de la Cueva, poema escrito por Juan de la Cueva—Libro II.	17
Continuación.	41
Continuación.	65
Conclusión.	87
Historia de la Academia de letras humanas de Sevilla, desde su establecimiento hasta 10 de Mayo de 1799 por D. Félix José Reinoso, académico y secretario de la misma.	25
Continuación.	49
Continuación.	129
Apéndice con la extinción de la Academia.	142
Conclusión.	152
Catálogo de los trabajos leídos por sus autores en dicha Academia.	162
Individuos que la compusieron	174
Establecimientos de Caridad de Sevilla—D. Miguel de Mañara, fundador del Hospital de la Santa Caridad, por D. Francisco Collantes de Terán.	73
Continuación.	107
Continuación.	124
Continuación (parte 2. ^a)	177

	PÁGINAS.
Conclusión.	244
La Hermandad y Hospital de la Misericordia, por el mismo . .	262
Continuación.	317
Conclusión.	370
Cuadro sinóptico, histórico y cronológico de los Canónigos Penitenciaros de la Catedral de Sevilla, por el actual Penitenciario Sr. D. Vicente Juan Iborra y García.	97
Carta de Fr. Rafael Rodríguez Mohedano al Sr. D. Juan Nepomuceno Gonzalez de León.	145
Soneto de D. Jerónimo Pessio de Mendoza	176
Otro del mismo autor.	280
Descripción de la traza y ornato de la Custodia de plata de la Sancta Iglesia de Sevilla que publicó en 1587 Juan de Arphe Villafañe	281
Ilustración inédita á dicho opúsculo por D. Juan Agustín Cean Bermudez	332



LA SANTA CARIDAD

D. MIGUEL DE MAÑARA

(Continuación).

Con este resultado cundió el entusiasmo en todos los individuos de la Hermandad, que desde entónces asintieron á los proyectos de D. Miguel de Mañara, sin cuidarse de si habría ó no medios de realizarlos.

El espíritu del ilustre reformador no podía permanecer tranquilo mientras no se dispusiera la enfermería de incurables, y con objeto de prepararla, empezó por adquirir el terreno necesario, tomando á censo, con licencia del Rey, cuatro de las diez y seis grandes naves de que se componía la Atarazana, donde labró el Hospicio, para que los transeuntes y pobres de la ciudad que no tuviesen casa, encontraran cena, cama y lumbre, á lo ménos por tres noches. La obra quedó terminada en el año de 1664 con el auxilio de los bienhechores, y especialmente de su iniciador; confiando á la divina Providencia el cuidado de continuarla. Asegura D. Miguel en sus escritos, que los dona-

tivos aumentaron por *medios maravillosos*, tales como el de que un individuo de la Hermandad le entregara secretamente, *para redimirse de sus pecados*, la crecida suma de 25.900 ducados, con la única condición de que no revelara su nombre (1).

En otra ocasión, hallándose en esta ciudad un Obispo que iba al Cuzco, quiso examinar la obra del Hospicio: llegando una noche á la hora de dar la cena á los pobres, ayudó á su reparto y dejó al Hermano mayor una buena limosna. Pasó á Cádiz para disponer su embarque, y encontrándose cerca del lecho de muerte de Mateo de Soto, le hizo presente la necesidad y fervor de aquella grande obra que comenzaba y había visto. Su exhortación movió al moribundo para dejar una manda de 10.000 ducados, que fué entregada inmediatamente.

D. Francisco Gomez de Castro, cuyo caudal ascendía á más de medio millón de ducados, reformando dos testamentos que tenía hechos, otorgó otro nuevo pocas horas antes de morir, dejando su hacienda, á excepción de unas mandas de corta entidad, á D. Miguel de Mañara, á quien no conocía, para que la distribuyese en obras de caridad y de misericordia.

Así no es extraño que el costo total de la edificación ascendiera á más de 800.000 ducados, y que quedara concluido el Hospital en tan breve plazo, comprendiendo tres grandes enfermerías, con espacio suficiente para 140 camas, las oficinas necesarias, patios y jardines donde los pobres tuvieran esparcimiento y las habitaciones de los encargados en su asistencia.

(1) D. Miguel Mañara de ofreció guardar el secreto durante la vida del bienhechor incógnito, pero habiendo ocurrido su fallecimiento, declaró este rasgo caritativo en presencia de su cadáver. Entónces se supo que había sido D. Luís Bucareli.

VI

AUMENTA EL NÚMERO DE HERMANOS

Como era consiguiente, el número de hermanos aumentaba cada día, y hasta empezó á considerarse el pertenecer á la Santa Caridad una distinción honrosa que solicitaban los hombres más ilustres. *Al poco tiempo toda la nobleza de Sevilla tomó parte en esta milicia de la Caridad*, aumentando las limosnas y las fundaciones particulares para asegurar la manutención de los enfermos.

La envidia combatió con su lengua ponzoñosa el naciente instituto, sirviendo de instrumento dos malos sacerdotes, ayudados por un fraile, y aún cuando algún individuo de la Hermandad quiso refutar sus acusaciones, D. Miguel no lo consintió, diciendo: *La verdad no la han de defender los hombres, que todos son mentirosos, sino la verdad misma que es Dios (1)*.

(1) Refiere el P. Juan de Cárdenas otro hecho. Entre los que manifestaron en un principio más anhelo por ayudar á Mañara en su obra, había un sacerdote á quien la Hermandad debía una cantidad bastante crecida, prestada por él para el enlosado de la Iglesia. Este sacerdote fué á ver á Mañara, diciéndole que renunciaba de buen grado á la deuda; pero más tarde se arrepintió y volvió á pedir su dinero. D. Miguel devolvió la cantidad al sacerdote, mas nó sin echarle en cara su triste variación, diciéndole: que igual ocurrencia sucedió á San Juan Limosnero, con el Obispo Zoilo, pues habiendo éste tomado del Santo una cantidad que le había dado para los pobres de su Hospital, Dios le hizo ver en una visión un riquísimo palacio que perdía por su avaro arrepentimiento. Mañara, trayendo esta leyenda en la memoria, quiso ganar por cuenta propia el rico palacio que el sacerdote había perdido con tanta imprudencia como el Obispo, y pagó de su bolsillo la cantidad reclamada, añadiendo que lo hacía tan solo para comprar el derecho que aquel poseía delante de Dios y al que acababa de renunciar voluntariamente.

La asistencia material de los enfermos preocupó al reformador Mañara, pues aún cuando se nombraban doce hermanos para vigilar el servicio, turnando por meses faltaba lo principal, que era el *caritativo enfermero*. Y formó una Congregación de doce de éstos, dándoles traje apropiado y una regla, que aprobó la autoridad eclesiástica, por la que quedaban sometidos á las exigencias del Cláustro.

El ejemplo de D. Miguel los alentaba y muy pronto cundió el entusiasmo en otros hermanos, viéndose á los más nobles alternar con los enfermeros en su humilde ministerio, porque el espíritu de caridad *les hacía mirar en el pobre la imagen viva de Jesucristo*. Allí ni había, ni puede haber distinciones, ni títulos nobiliarios: todos besaban humildemente la mano de los enfermos *en la persona del más antiguo de ellos* (1) y el único nombre que se pronuncia con orgullo, es el de servidor de los menesterosos.

Es preciso, aún á trueque de reproducir lo que ya está publicado en otros libros, dar noticias exactas y circunstanciadas de las costumbres de esta benemérita institución, que conserva hasta donde es posible en los tiempos que atravesamos sus tradiciones. También me sirve este trabajo para bosquejar la gran figura de Mañara, por lo mismo que aún cuando inmerecidamente me honro con pertenecer á su instituto, y conozco que necesita vencerse la repugnancia que inspira la práctica de algunos actos.

En los tiempos del fundador se curaba á los enfermos de rodillas, y cuando avisaban la llegada de un pobre traído de la ciudad ó de algún pueblo vecino, el enfermero de servicio corría á la puerta para ayudarle á bajar de su

(1) La Reina D.^a Isabel II, al recibirse de Hermana, besó la mano á un pobre manco en presencia de la corte, cuyo acto recordará en lo venidero un precioso cuadro que existe en la Sala de Cabildos.

cabalgadura, lo recibía en sus brazos, y le hacía entrar en la enfermería, donde le lavaba y besaba los pies, antes de colocarlo en la cama.

VII.

LA NUEVA IGLESIA

Todo lo que tenía relación con el pobre y el enfermo, quedó concluido, y entónce pensó D. Miguel en la Iglesia (1) «que estaba sin solar y á teja vana y necesitaba de »hacer la bóveda del techo, y el presbiterio con su arco- »toral. Y teniendo esperanzas en el mayordomo (porque »se mostraba muy afecto y devoto, y por ser persona rica »y sin hijos) que dejaría algo para principio á que todos »ayudáramos; lo dispuso Dios nuestro Señor de modo, »que dándole una enfermedad muy larga, en que tuvo lu- »gar de disponer sus cosas, no se acordó de la Iglesia, que- »dando nuestras esperanzas vanas con su muerte, como »sucede á todos los que fían en los hijos de los hombres. »Pero el Altísimo Señor, cuyas obras no están sujetas á »instrumentos humanos, previno un pobre mendigo, que »se llamaba Luís, el cual entrando, luego que murió el »Mayordomo en mi casa á las ocho de la mañana, me dijo: »*Mi mujer era una pobre castañera: con su trabajo había »juntado ochenta pesos de caudal: murió y en algunas man- »das y su entierro gasté los treinta, hánme quedado los »cincuenta pesos, que es toda mi hacienda; aquí los tiene*

(1) Sigo su relato.

»V. para la Santa Caridad; que yo sustentaré mi vida con un pedazo de pan que pediré de puerta en puerta»... Yo no quería recibir el dinero, por parecerme le haría notable falta; pero fueron tantas las instancias, que fué preciso tomarlo. Y preguntándole, qué motivo tuvo para despo- searse de aquella cantidad, siendo tan pobre, me dijo; que toda la noche había estado desvelado, y con grandes ansias deseando el día para traerme el dinero, y que no podía sosegar hasta entregarlo. Con este principio tan de la mano de Dios, cargó firmemente todo el edificio, que sobre ella se ha levantado».

Los cincuenta pesos del *mendigo Luis* fueron la *primera piedra*: el templo suntuoso existe, y su costo total ascendió á medio millón de ducados, reunidos todos de limosnas.

VIII.

MAÑARA, HERMANO MAYOR PERPÉTUO

La elección para los cargos de la Hermandad, se verifica anualmente en la pascua de Navidad, y aún cuando D. Miguel de Mañara manifestó deseos de ser relevado, el Cabildo tuvo el buen acuerdo de reelegirlo por todos los votos, confirmandolo otra vez en el cargo de Hermano mayor, que ejerció hasta su muerte. Verdad es que nadie podía reemplazarlo con mejores títulos, ni con más merecimientos. Su vida estaba consagrada enteramente á la meditación y á la caridad, pues había dejado su casa y reunido

su hacienda con la de los pobres, reservándose una pequeña parte para sí, que pronto confundió también con la de ellos. Y no eran los menesterosos de su Hospital los que disfrutaban únicamente de sus beneficios, que para él no había distinciones entre los necesitados. Donde existía un infortunio, allí acudía con su celo caritativo para aliviarlo. Siempre que recibía alguna limosna, separaba una cantidad proporcionada á su importancia para los pobres vergonzantes, los conventos de Religiosas más necesitados, y alguna vez para dotes, haciendo por sí mismo la distribución con el mayor sigilo.

Un día en que tenía quinientos reales disponibles para estos socorros particulares, pensó distribuirlos en varias parroquias (1), pero anduvo inútilmente buscando necesitados sin poder encontrarlos. Pesaroso volvía á su Hospital, cuando tuvo la ocurrencia de confiar á la mula que montaba lo llevase al sitio donde pudiera dejar la limosna. El animal se dirigió hácia la muralla, y ya Don Miguel empezaba á arrepentirse de haber puesto su confianza en el bruto, cuando con gran sorpresa vió que paraba al pié de una cruz. Era la caída de la tarde, y arremado á aquella estaba un niño de corta edad, recibiendo los últimos rayos del sol poniente en su rubia cabellera.—¿Eres huérfano?,—preguntó D. Miguel de Mañara—¿Tienes hermanos?—Entónces el niño le manifestó que tenía padre y que se llamaba Roque de Mena, y que era el mayor de seis hermanos, todos de corta edad, ofreciendo conducir á su casa al caballero. Pocas veces había visto Mañara una miseria más desconsoladora: los quinientos reales fueron para aquella familia el principio de un bienestar no esperado.

(1) Documentos auténticos acreditan que hubo semana en que dió sustento á más de veinte mil personas de ámbos sexos.

Pudiera citar muchos ejemplos de esta índole, que la tradición conserva, y que constituyen ese tejido de *buenas obras y de buenos pensamientos* que forman la santa vida del ilustre sevillano. Ocupaba en el Hospital un pequeño departamento (1) que se había reservado, y se levantaba al toque del alba, esperando en la oración y la meditación á que amaneciera. Seguidamente leía el oficio matutino, oyendo misa y se retiraba después á su estancia, para meditar de nuevo por espacio de una hora y recibir á los que venían á buscarlo.

Visitaba después las enfermerías, en que conversaba con los pobres, para cerciorarse de que eran bien asistidos y escoger el que había de hacerle compañía en el almuerzo, que por lo regular era el que consideraba más débil, á quien no despedía sino cuando estaba completamente restablecido. En las festividades y la conmemoración de los Apóstoles, eran dos sus convidados, y si dos de estas fiestas se celebraban en un mismo día, agregaba un pobre más, que siempre volvía con un vestido nuevo.

Las tardes las destinaba á ejercicios piadosos; leía vísperas y completas, visitaba de nuevo la enfermería asistiendo de rodillas á la curación de los pobres, y concluida ésta, recibía á los que tenían que hablarle, presenciando luego el reparto de la cena.

Retirado á su estancia oraba de nuevo, rezando la oración con el Capellán del Cabildo y el enfermero mayor.

En estos actos de recogimiento, dice el biógrafo, propios de la vida interior, meditó primero sobre el desprecio que merecen las cosas de la existencia humana, *elevándose*

(1) Hoy está destinado á las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paul, establecidas en el Hospital desde el año de 1841; y por cierto que habiendo puesto oratorio particular en sus habitaciones, ni la Hermandad, ni ellas, han pensado colocarlo en la sala donde murió el venerable Mañara.

después á contemplar la pasión de Jesús: objeto sublime, cuya grandeza no abarca la inteligencia y que proporciona á los bienaventurados éxtasis divinos. En ellos adquirió fortaleza para sobrellevar las duras pruebas que el mundo había de ofrecer á su humildad, que han sido transmitidas por verídicos escritores y justifican no quedaba de sí mismo más que la figura: el orgullo y la vanidad habían huido completamente.

Bien quisiera extenderme en los hechos que conquistaron inmarcesible aureola á este *varón venerable*, á quien Sevilla y Andalucía entera aspiran á ver en el número de los Santos; pero la índole de mis estudios no me permiten reseñarlos, más que en cuanto se refieren á la Hospitalidad, de que fué fundador, y que por fortuna sigue floreciente al través de las vicisitudes de los tiempos. Sin embargo, es preciso decir algo más de su vida interior y especialmente de sus trabajos, para consolidar la caritativa asociación por él reformada.

La antigua regla necesitaba modificarse, porque su índole había cambiado, y comprendiéndolo, hizo propuesta á la Hermandad, en Cabildo celebrado el día 12 de Marzo de 1675, que lo designó en unión de su primer teniente de Hermano mayor D. José de Veitia Linaje, para que se ocuparan de este asunto. Entónces desplegó D. Miguel de Mañara todo su celo, como se revela en cada una de las palabras de ese bien meditado reglamento, donde está descrito admirablemente el instituto que se cimenta en el espíritu católico. Varias fueron las Juntas en que la Hermandad se ocupó en su exámen, y quedó aprobada en 14 de Agosto del mismo año.

Por este tiempo escribió Mañara su admirable *discurso de la verdad*, y puso los versículos de la Sagrada escritura alusivos al ejercicio de la caridad y á los bienes espirituales

que produce la limosna, que aún se conservan en los muros del Hospital. La síntesis de su pensamiento está en una lápida colocada entre los dos patios, que dice:

*Esta casa durará
mientras á Dios temieren,
y á los pobres de Jesucristo sirvieren,
y en entrando en ella
la codicia y vanidad
se perderá.*

No buscó siempre D. Miguel la expresión de sus ideas en los libros Santos, pues está colocado sobre la puerta de la botica; el siguiente soneto, compuesto por él mismo:

*Vive el rico en cuidados anegado:
Vive el pobre en miserias sumergido:
El Monarca en lisonjas embebido:
Y á tristes penas el Pastor atado.
El soldado en los triunfos congojado:
Vive el letrado á lo civil unido:
El sábio en providencias oprimido:
Vive el necio sin uso á lo criado:
El religioso vive con prisiones:
En el trabajo boga Oficial fuerte;
Y de todos la muerte es acogida,
Y ¿qué es morir? Dejarnos las pasiones,
Luego el vivir es una amarga muerte:
Luego el morir es una dulce vida.*

IX.

ACTOS DE HUMILDAD DEL CABALLERO MAÑARA

Con profundo pesar, repito, tengo que omitir lo más interesante de su admirable vida y las pruebas de humildad que ofreció repetidas veces, justificadas en el proceso de su beatificación. Citaré, no obstante, dos ejemplos, porque se refieren el primero á la Hermandad y que le ha señalado el lugar que ocupa en las procesiones públicas, á que asiste reunida en algunas ocasiones.

En el año de 1671, el sucesor de San Pedro, decretó la canonización del Rey Fernando III, y autorizó por breve pontificio una solemne procesión en memoria del nuevo Santo. La ciudad por él conquistada, no podía dejar de tributarle este culto, y las relaciones que se imprimieron, acreditan que lo hizo espléndidamente. Cuando los encargados del arreglo del ceremonial se ocuparon de disponer el orden de las hermandades, el Arzobispo creyó conveniente que se guardaran las mayores consideraciones á la de la Santa Caridad, en que figuraba la nobleza de Andalucía, y para ello se propuso tratar el asunto particularmente con D. Miguel de Mañara, convencido de que aquello en que él conviniera sería aprobado por los hermanos. Interrogado D. Miguel por el Prelado, de cuál era el sitio que debía ocupar en la procesión.—*El último, con-*

testó, *é inmediato á la Tarasca*, que eran los gigantones que aún salen en algunos pueblos los días de grandes festividades. Sin duda prevaleció la opinión de Mañara, pues las pocas veces que la Hermandad sale con otras corporaciones, ocupa un lugar no preferente, como corresponde á su título de humilde.

El segundo acto, de los dos que me he propuesto relatar, es el siguiente: Tratando sus historiadores de los ejercicios de caridad á que se dedicaba con otros hermanos, dicen:

«Los Viernes, los asistentes añadían á este rezo, el ejercicio de las disciplinas, y se sorteaba después el cumplimiento de alguna penitencia. Uno besaba los piés de sus compañeros; otro iba á echarse delante de la puerta de la sala, de modo que nadie pudiera salir sin pasar sobre su cuerpo. La primera vez que esto se puso en práctica, el Capellán no permitió que se echasen suertes y mandó que D. Miguel diese el ejemplo á los demás, besando al primero los piés de los asistentes. Mañara lo cumplió con grande humildad, dando después las gracias al Capellán, porque no había aguardado á que la suerte lo designase».

También omito poner aquí un extracto de la regla de la Hermandad, que escribió el caballero Mañara, no solo porque es bien conocida, sino también porque no puede reducirse un documento de esta importancia, sin destruir su conjunto.

Esa regla que en el transcurso del tiempo no se ha modificado esencialmente, y que difiere tanto del espíritu del siglo en que vivimos, trajo los más ilustres caballeros á servir al pobre enfermo y al sentenciado por sus delitos y es la única garantía de que mientras se observe y no se dé oídos á la soberbia y vanidad, subsistirá ese instituto que

lleva de existencia más de dos centurias, y que ha colmado de beneficios á los menesterosos, probando que los buenos hermanos, pueden vivir en el siglo con el recogimiento del cláustro.

X.

SU MUERTE—SU TESTAMENTO

Cuando el caballero Mañara se dedicó al servicio de los pobres, pareciéndole que el tiempo que permanecía fuera del Hospital *lo robaba á su asistencia*, dejó su antigua y suntuosa casa en la Parroquia de San Bartolomé, trasladándose á otra, también suya, de que más tarde hizo donación á la Santa Caridad. Tiene el número 17 novísimo en la plaza de la Contratación y en ella murió otro hombre insigne, bien conocido de los sevillanos y de España entera, cual fué D. Fabián de Miranda y Sierra, meritísimo Dean de esta Santa Iglesia.

Todavía ambicionó D. Miguel vida más estrecha, y se vino, como ya he dicho, á ocupar las habitaciones que se había reservado en el Hospital, y pareciéndole esto poco y *que era muy libre* aquella vida, pensó dejar los asuntos de la casa, *retirándose á pasar sus últimos años en una religión muy estrecha*. ¡Él, que como ha dicho uno de sus historiadores, llevaba el convento dentro de sí mismo, y que todas las horas de su existencia las pasaba en la oración mental ó en la oración práctica, que es el ejercicio de la caridad cristiana!

Por fortuna, su confesor el P. Juan de la Presentación, Mercenario descalzo, se opuso á sus intentos, mandando que lo consultara con otras tres personas doctas, y todas condenaron la idea de que se retirara al cláustro, asegurando que su misión era vivir y morir en el siglo. Tuvo, pues, que resignarse.

En el año de 1679, ó sea á los pocos meses, le sobrevino la enfermedad que lo condujo al sepulcro. Dos veces lo visitó durante ella el Arzobispo D. Ambrosio Ignacio de Spínola, manifestando gran sorpresa al observar la alegría que vió en el paciente, y llamando su atención sobre ella, Mañara le contestó con sencillez y humildad, que estaba contento por la certeza de su próxima muerte; la que ocurrió el día 9 de Mayo de aquel año, después de recibir los Santos Sacramentos.

Para esta hora suprema había escrito una protesta-ción de fé que empieza así:

«Esta protesta y confesión de la Santa Fé, que pro-
»feso, he hecho en mi entero juicio y voluntad libre, delan-
»te de Dios, Señor nuestro, que está viendo escribir estas
»letras, y de sus santos ángeles, testigos de esta verdad,
»para que á la hora de mi muerte se me repita; y de ahora
»para entónces la confieso, por si Dios nuestro Señor fuere
»servido de que no la pueda decir: y así desde ahora para
»entónces lo hago, y por verdad lo firmo de mi nombre.
»D. Miguel de Mañara».

FRANCISCO COLLANTES DE TERÁN.

Se continuará.